

La Cuaresma en la Regla de san Benito: una vida según las bienaventuranzas (RB 49)¹

Introducción

Cuando san Benito (+547) afirma que «toda la vida del monje tendría que tener una observancia de Cuaresma» (RB 49,1) está aplicando a los monjes la misma máxima que el papa san León Magno (+461) daba a todos los cristianos para ese tiempo de preparación a la fiesta de Pascua². Y para fundamentar bíblicamente esa afirmación la Iglesia recurrió a un episodio de la vida de Cristo que tuviera la misma característica de significar todo el combate de su vida y su triunfo Pascual: los cuarenta días de tentación en el desierto después del bautismo, tal como lo narra san Mateo y se lee en el primer Domingo de Cuaresma³:

Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Y después de hacer un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, al fin sintió hambre (Mt 4,1-2).

Gracias a este uso tan antiguo los cristianos asociamos hoy el pasaje del capítulo 4 de san Mateo (40 días en el desierto) y su contex-

¹ El P. Fernando Rivas es monje benedictino de la Abadía San Benito de Luján (Buenos Aires, Argentina).

² *Sermón sobre la Cuaresma* 1,2. Para la traducción castellana utilizamos *San León Magno, Homilias sobre el año litúrgico*, a c. de Manuel Garrido BONAÑO, Madrid 1969 (BAC 291). Cuando es necesario corregimos el texto siguiendo la edición latina de René DOLLE, *Léon le Grand, Sermons*, vol. I, Paris 1957 (SCh 49).

³ Para ver la evolución histórica de la liturgia cuaresmal en referencia a estos capítulos de san Mateo remitimos al estudio de A. NOCENT: *La Quaresima*, en *Anàmnesis, L'anno liturgico*, Génova 1988, 151-157.

to inmediato (RB caps. 5-7: la limosna, la oración, el ayuno) con el comienzo de la Cuaresma, su significado y sus prácticas. Sin embargo el sentido original de esos capítulos en el Evangelio de san Mateo es el de prefigurar la victoria de Cristo en la Cruz y enseñar, en un sentido sapiencial, las armas que utilizó. Por eso los Padres vieron en este relato de Mateo la mejor preparación para la celebración Pascual, ya que da, principalmente, la orientación de la entera vida cristiana.

De toda la riqueza litúrgico-espiritual que encierra esta tradición⁴ vamos a centrar nuestra atención en uno de sus elementos: la consideración hecha por san León Magno, y heredada por san Benito (y su contemporáneo Cesáreo de Arlés [+543]), de que la práctica cuaresmal, y por ello toda la vida del cristiano, es una vida en conformidad con las bienaventuranzas (Mt 5). En ellas se revela el secreto íntimo del triunfo de Cristo sobre el demonio (Mt 4), y a ellas se dirigen las prácticas y enseñanzas centrales del Sermón de la Montaña (Mt 6-7). Y finalmente veremos cómo las bienaventuranzas son el desarrollo natural de la vida en el Espíritu Santo inaugurada en el bautismo (Mt 3), revitalizada en la Cuaresma y renovada en cada Pascua por los cristianos.

1. La cuaresma: vida en el Espíritu Santo

En su capítulo sobre la Cuaresma, san Benito pide a los monjes que en esos días:

«Cada uno, con gozo del Espíritu Santo, ofrezca voluntariamente a Dios algo sobre la medida establecida» (RB 49,6)⁵.

La vida en el Espíritu Santo es para la regla benedictina la clave de la vida cuaresmal, pues es la condición para una voluntad generosa y para una participación libre y gozosa en la Pasión de Cristo, ofre-

⁴ La tradición patristica y litúrgica de la Cuaresma en la RB y su significado espiritual ha sido profundamente estudiado por Cl. De la SERNA GONZÁLEZ, *La Cuaresma benedictina. Aproximación al problema de sus fuentes literarias*, Silos 1985; y por K. BELSOLE, *Joy in Lent. «Gaudium» in chapter 49 of The «Regula Benedicti»*, Pennsylvania 1995.

⁵ Para el texto castellano de la RB utilizamos la traducción de P. SÁENZ: *San Benito, La Regla de los Monjes*, Ecuam 1990.

ciendo su vida a Dios más allá de los estrechos límites establecidos por las disposiciones de la Regla. Y por ello pasa a ser la clave de toda la vida del monje.

Esa presencia del Espíritu Santo en la Cuaresma ya estaba señalada por Mateo en el relato bíblico de las tentaciones:

Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo (Mt 4,1)

De este modo Mateo presenta la cuarentena de Cristo en el desierto como la lucha, bajo la guía del Espíritu Santo, contra el espíritu del mal, «el diablo».

Y ése es el mismo combate que san León presentaba a sus fieles en el Sermón primero sobre la Cuaresma:

«Entramos, amadísimos, en la Cuaresma, es decir, en una fidelidad mayor al servicio del Señor. Viene a ser como si entrásemos en un combate de santidad. Por tanto, preparemos nuestras almas a las embestidas de las tentaciones, sabiendo que cuanto más celosos seamos de nuestra salvación, tanto más violentamente nos atacarán nuestros adversarios, “Pero el que habita en medio de nosotros (el Espíritu Santo) es más fuerte que quien lucha contra nosotros”(cf. 1 Jn 4,4). Nuestra fortaleza viene de Él, en cuyo poder tenemos puesta nuestra confianza»⁶

En este primer sermón cuaresmal del papa san León la lucha entre el Espíritu de Dios y el espíritu del mal es vista, ante todo, en los términos de la primera carta de san Juan, como un combate contra los falsos espíritus del mundo:

«Queridos, no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo... Vosotros, hijos míos, sois de Dios y los habéis vencido. Pues el que está en vosotros (el Espíritu) es más que el que está en el mundo» (1 Jn 4,1-4).

⁶ Sermón sobre la Cuaresma 1,3.

Y poco más adelante, en el mismo sermón 1º el combate del cristiano es presentado a la luz de las enseñanzas de san Pablo:

«Instruidos por la enseñanza divina, queridos, llegamos a la arena de ese combate con un verdadero conocimiento; escuchemos al Apóstol que nos dice: *No es contra la carne y la sangre que debemos luchar, sino contra los Principados, contra las Dominaciones, contra las Soberanías de ese mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que habitan en los aires (Ef 6,12)*».⁷

La Cuaresma es la renovación de la vida en el espíritu, inaugurada en el bautismo, y de su combate contra el espíritu del mal y el mundo, tal como sucedió en los cuarenta días de tentación de Cristo en el desierto y que se prolongó hasta el momento culminante de la Cruz. Y en ello consisten las promesas bautismales que los cristianos renovarán al final de este tiempo litúrgico.

Siguiendo la tradición de Mateo, para san Benito el verdadero protagonista de la Cuaresma es el Espíritu Santo. Gracias a su acción el monje puede ofrecer en forma voluntaria y gozosa «algo sobre la medida establecida» por la Regla. Esa armonía y sincronía entre la vida en el Espíritu y las facultades del hombre sanadas y restauradas, es una doctrina característica de san Benito. Así lo expresa al concluir su c. 7 sobre la humildad:

«... en virtud del cual lo que antes observaba no sin temor, empezará a cumplirlo como naturalmente, como por costumbre (*velut naturaliter ex consuetudine*), y no ya por temor del infierno sino por amor a Cristo, por el mismo hábito bueno y por el atractivo de las virtudes (*delectatione virtutum*). Todo lo cual el Señor se dignará manifestar por el Espíritu Santo en su obrero, cuando ya esté limpio de vicios y pecados» (RB 7,68-70).

La presencia del Espíritu Santo es la garantía del obrar auténticamente libre (sin temor), y eficaz (*naturaliter ex consuetudine*). El monje es su «operario» y sus frutos son la purificación de todo vicio y pecado. Pero es la Cuaresma la verdadera fuente litúrgica de esa presencia que debe extenderse a toda la vida del monje.

⁷ *Ibid.* 1,4.

Esa vida en el Espíritu Santo hace que la Cuaresma esté marcada no sólo por las obras exteriores, sino, lo que es más importante, por otros signos interiores que San Benito resalta de modo particular y hacen la riqueza de este tiempo clave de la Regla:

«Por eso, añadamos en estos días algo a la tarea habitual de nuestro servicio (*solito pensu servitutis nostrae*), como oraciones particulares o abstinencia de comida y bebida; de modo que cada uno, *con gozo del Espíritu Santo* (1 Ts 1,6), ofrezca voluntariamente (*propia voluntate*) a Dios algo sobre la medida establecida, esto es, que prive a su cuerpo de algo de alimento, de bebida, de sueño, de conversación y de bromas (*de loquacitate, de scurrilitate*), y espere la Pascua con la alegría del deseo espiritual» (RB 49,5-7).

El «gozo del Espíritu Santo» (1 Ts 1,6), la «voluntad generosa» y «la alegría del deseo espiritual» son para san Benito signos distintivos de una Cuaresma -y de una vida- guiada por el Espíritu de Dios que transforma, de esta manera, el carácter tedioso y pesado (*solito pensu*)⁸ que habitualmente conllevan las prácticas y observancias cuaresmales y regulares. Así como los Padres conocían una alegría superficial y carnal (*scurrilitas*), también habían dado con el nombre propio de la alegría del cristiano, ajeno a toda sensualidad y banalidad: el «*gaudium*».

Así, la dureza del combate monástico (RB 1,4-5) y el gozo del corazón se unen de un modo aparentemente paradójico y singular, tal como lo había señalado tiempo antes san León a sus fieles:

«Abracemos entonces este ayuno solemne con una devoción dispuesta y una fe alerta, y celebrémoslo no con una dieta estéril, tal como nos lo dicta muchas veces la fragilidad de nuestro cuerpo y la enfermedad de la avaricia, sino con una gran generosidad; así seremos verdaderamente de aquellos de quienes la Verdad misma dijo: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados* (Mt 5,6). Que las obras de piedad hagan nuestras delicias...

⁸ Expresión que vuelve a aparecer en RB 50,4 y que caracteriza la vida del monje.

pongamos nuestra alegría en aliviar a los pobres, que saciarán nuestras necesidades; gocemos en vestir a aquellos a quienes cubriremos la desnudez con los vestidos que necesitan; hagamos sentir nuestra humanidad a los que desfallecen en la enfermedad... La opulencia de la buena voluntad no deja de tener su mérito, incluso si tenemos pocos medios. Las limosnas de los ricos son más grandes, y menores las de la gente menos pudiente, pero el fruto de sus obras no difiere si los anima un mismo afecto»⁹.

La «generosidad», la «delicia», la «alegría», el «afecto» y la «devoción» son los verdaderos indicios de una Cuaresma emprendida bajo la guía e impulso del Espíritu Santo, que combaten, desde el interior del cristiano, la «avaricia», en los esfuerzos y la «esterilidad» en las dietas, propias de la «fragilidad» de un cuerpo y una letra que ha perdido su espíritu animador. La Cuaresma es fuente de renovación que parte de lo interior, frente a la siempre latente tentación de una reducción de la vida cristiana a su dimensión exterior.

3. Las prácticas cuaresmales, las bienaventuranzas y la victoria de Cristo en el desierto

En el pasaje que acabamos de citar san León ya señalaba la clave para comprender esa extraña coexistencia de pesar y gozo, de privación y delicia, de despojamiento y opulencia, de tristeza y alegría que se dan en la Cuaresma, tal como él la presenta a sus fieles y san Benito a sus monjes: es la bienaventuranza. *Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia...* les decía san León a los que emprendían los ayunos al comienzo de Cuaresma. La realidad de ese gozo y alegría no son sino la misma revelación que Cristo había hecho a sus discípulos cuando, al término de su cuarentena comenzó a hablarles en el Sermón de la Montaña: *Bienaventurados...*

Por eso antes de ver su significado en la vida de los cristianos san León señala su sentido cristológico: las bienaventuranzas son la revelación del espíritu que animó a Cristo en su propia cuaresma en el desierto, que motivó sus prácticas y que le dieron la victoria. Un poco más arriba, en el mismo sermón 2º, san León decía:

⁹ *Ibid.* 2,4.

«Por el magisterio de nuestro Redentor, amadísimos, aprendemos que *no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios* (Dt 8,3), y es conveniente al pueblo cristiano, en cualquier grado de abstinencia que se haya establecido, desear alimentarse más de la palabra de Dios que del alimento material. Recibamos por lo mismo, este ayuno solemne con una devoción diligente y una fe alerta, y celebremoslo no con una dieta estéril, tal como lo prescriben frecuentemente la debilidad del cuerpo y la maldad de la avaricia, sino con una gran generosidad, para ser de los que ha dicho la misma verdad: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados* (Mt 5,6). Que las obras de piedad hagan nuestras delicias... pongamos nuestra alegría en aliviar a los pobres»¹⁰.

San León une la referencia al *Deuteronomio* (*no sólo de pan...*) hecha por el mismo Jesús al demonio (Mt 4,4) con la bienaventuranza: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed...* El ayuno cuaresmal sólo puede ser llevado con diligencia y alegría si se ha comprendido que en sí mismo encierra una bienaventuranza. Es ella la que permite experimentar la delicia y la alegría del corazón en medio de las privaciones cuaresmales. Es ella la que permite anticipar el triunfo pascual en medio del combate cuaresmal.

Sin embargo la referencia al *Deuteronomio* por parte de Jesús ya contenía toda esa riqueza que la bienaventuranza, después, hace explícita. La expresión *no sólo de pan...* se encuentra en un contexto que encierra el núcleo de la doctrina teológica del *Deuteronomio*:

Todos los mandamientos que yo os prescribo hoy, cuidad de practicarlos, para que viváis, os multipliquéis y lleguéis a tomar posesión de la tierra que Yahveh prometió bajo juramento a vuestros padres... Te humillé, te hizo pasar hambre, te dio a comer el maná que ni tú ni tus padres habíais conocido, para mostrarte que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Yahveh (Dt 8,1-4).

La gran enseñanza del deuteronomista es que en el mandamiento de Dios, en su práctica, se encuentra la vida y la posesión de la tierra. Es más:

¹⁰ *Ibid.*

Escucha, Israel; cuida de practicar lo que te hará feliz y por lo que te multiplicarás, como te ha dicho Yahveh, el Dios de tus padres, en la tierra que mana leche y miel (Dt 6,3).

La felicidad y la bienaventuranza son un componente intrínseco del mandamiento de Dios, y en él está la vida y la posesión de la tierra que mana leche y miel. Y por eso mismo son un verdadero alimento para el hombre, *que no sólo vive de pan...* De este modo, como dice san León, sólo pueden llevar a la práctica el ayuno cuaresmal aquellos que, en la escuela del Señor, comprendieron el significado de sus palabras: *no sólo de pan... bienaventurados los que tienen hambre... porque ellos quedarán saciados.*

De este modo las bienaventuranzas (Mt 5) son para san León la revelación del secreto íntimo del triunfo de Cristo en las tentaciones (Mt 4) del desierto, y sus instrumentos son los mandamientos de la nueva Ley que enseña en el mismo Sermón de la montaña (Mt 6-7). Y por eso las bienaventuranzas están en el centro de sus catequesis cuaresmales.

4. Las bienaventuranzas como las obras cuaresmales por excelencia

Esta relación y referencia directa de las obras predicadas por el Señor en el Sermón de la Montaña (limosna, ayuno, oración, perdón, misericordia, etc.) y las bienaventuranzas ya había sido señalada en forma muy detallada por san Agustín en una de sus primeras obras: *El Comentario al Sermón del Señor en la Montaña*. Y si bien establecía una estricta correlación entre ciertas obras y determinadas bienaventuranzas, dejaba libre al lector de considerar un orden diverso, pero siempre con la convicción de que en el misterio de Cristo y su victoria sobre el pecado, toda obra y mandamiento se refiere y encierra una bienaventuranza¹¹. Si bien no se conoce la influencia de ese texto sobre el pensamiento de san León, sin embargo toda la tradición atesta

¹¹ Servais PINCKAERS ha estudiado largamente el *Comentario al Sermón del Señor en el Monte* de san Agustín y ha puesto de manifiesto ese modo de enfocar las bienaventuranzas por parte de los Padres de la Iglesia. Cf. *Las Fuentes de la Moral Cristiana*, Navarra 1988, 189-226.

su conocimiento, llegando a hacerse presente en los primeros comentarios a la Regla de san Benito¹².

Por eso, dentro del mundo de los Padres de la Iglesia, la mención de los mandamientos y las buenas obras siempre llevaba implícita su referencia a la bienaventuranza. Y este era el contenido específico que le daban a la expresión «bonum» con que calificaban las obras del cristiano. Las «buenas obras» encerraban conjuntamente, en el pensamiento de los Padres, la idea de bien y la de felicidad. Esta estrecha relación se fue perdiendo de vista, y con ello todas las obras, en especial las cuaresmales, que se inspiran en el Sermón de la Montaña (ayuno, oración, limosna, misericordia, etc.), perdieron de vista la felicidad y el gozo para el que las obra, y quedaron reducidas a prácticas cuyo origen y sentido se desconocen. Como mucho, de su práctica, se espera una recompensa, pero, en realidad, ellas ya encierran la plenitud de la vida y de la victoria Cristo, manifestado en el día de Pascua.

Por eso la Cuaresma, tiempo por excelencia para multiplicar las buenas obras, era el tiempo de las bienaventuranzas, que constituían el centro de la enseñanza moral de los catecúmenos¹³.

Siguiendo este modo de pensar de los Padres podemos leer el capítulo que san Benito dedica a la Cuaresma del monje oyendo detrás la voz de san León, que sigue resonando con las primeras palabras del Sermón de la Montaña:

a. *Bienaventurados los puros de corazón... (Mt 5,8)*

Cuando san Benito señaló a sus monjes:

«Aunque toda la vida del monje debería tener una observancia cuaresmal, sin embargo como es de pocos... los exhortamos en estos días de Cuaresma a guardar su vida *con toda pureza...*»: está apuntando a la gran bienaventuranza que la tradición monástica, desde

¹² HILDEMARO lo cita al comentar el Prólogo v. 33, que hace referencia al final del Sermón de la Montaña, donde el Señor presenta la Parábola de la casa construida sobre roca. Cf. *Vita et Regula SS. P. Benedicti*, Ratisbona 1880, 58.

¹³ Cf. CAMELOT, P. TH., *La spiritualité du baptême*, Paris 1960, 154 y 198-199.

260 Casiano¹⁴ hasta nuestros días vio como la central en la vida y esperanza del monje: *Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8).

Y esto mismo decía san León del siguiente modo:

«En la cercanía de la solemnidad pascual, llega el ayuno queridos hermanos, que lo acostumbra preceder...Pero cómo participaremos de la muerte de Cristo, sino cesando de ser lo que fuimos? Y cuál será la semejanza en su resurrección sino el abandono de nuestra antigua vida?. De este modo, el que comprenda lo que es el misterio de su renovación debe despojarse de todos los vicios de la carne, y rechazar todas las manchas de los pecados... El conjunto de los fieles debe tender a la inocencia perfecta (*ad perfectam innocentiam*) y a una **completa pureza** (*plenam puritatem*), a fin de participar de la suerte de la que está dicha: *Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios*»¹⁵.

La pureza de corazón es el centro de la vida cristiana y por eso aparece en la tradición espiritual de la Iglesia como el primer punto de revisión en la conducta de cristiano. Siguiendo la tradición bíblica, la «pureza» es la síntesis de toda la vida moral-espiritual, y aún litúrgica, del fiel de Dios. Por eso san Benito, siguiendo a san León, hace de ella la base de la práctica cuaresmal. Toda la cuaresma, como toda la vida del monje, está orientada hacia esa pureza de corazón, que también es el fin al que tiende toda la enseñanza de Cristo, sintetizada en el Sermón de la Montaña: *Del corazón proceden los malos pensamientos, los asesinatos, los adulterios...esas son las cosas que hacen al hombre impuro* (Mt 15,19). El corazón es la clave de la Nueva Ley que predica el Señor, que no mira simplemente los actos exteriores, sino su raíz, el interior del hombre. Y sus frutos son, tal como lo explicitó Casiano en su primera *Colación*, la caridad, la contemplación, el Reino de Dios

¹⁴ Cf. *Col.* 1,10. Es de notar que el grupo originario de las *Colaciones* de Casiano (1-10) se encuentran comprendidas entre dos grandes bienaventuranzas, la que acabamos de citar y *bienaventurados los pobres...*, que Casiano la utiliza en la *Colación* 10 para referirse al monje que ha simplificado su corazón por medio de la oración que él enseña (*Col.* 10,11).

¹⁵ *Sermón sobre la Cuaresma* 12,1.

dentro del hombre. Y por eso a los puros de corazón les está prometido *que ellos verán a Dios*.

b. *Bienaventurados los que lloran...*

Y, relacionado con lo anterior, san Benito continúa ahondando en esa pureza de corazón diciendo:

«... y a que borren (*diluere*) asimismo todas las negligencias de los otros tiempos en estos días santos. Lo cual cumpliremos dignamente si nos abstenemos de todo vicio, nos damos a la oración con lágrimas (...y compunción de corazón)».

San León, un tanto temeroso a las lágrimas derramadas por las cosas mundanas pasa por alto este punto, pero san Cesáreo, verdadero maestro de la oración de compunción, y conocedor de las enseñanzas del papa León, en sus sermones de Cuaresma hace patente cuál es su fundamento:

«Por eso hermanos en estos pocos días (de Cuaresma) alejen los obstáculos del mundo, que según dicen las Escrituras, a muchos hicieron miserables, terminen las alegrías carnales... Los gozos de la carne desaparezcan, para que el alma se prepare para los bienes espirituales por lo que está dicho: *Hay de vosotros que ahora reís, porque llorareís, y Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados*»¹⁶.

Las lágrimas en la oración no son solamente el fruto del reconocimiento de los propios pecados, sino también fuente de su purificación (san Benito dice que «diluyen» las negligencias de otros tiempos). Y en la tradición monástica siempre estuvieron asociadas a la cuaresma y al bautismo, pues de él brotan y como un tercer bautismo (el segundo es la profesión monástica) limpian el alma de todo pecado.

¹⁶ *Sermón* 198,3. Los textos de Cesáreo están tomados de la edición latina preparada por G. MORIN, *Sancti Caesarii Arelatensis, Sermones*, Turnhout 1963 (CCLL CIII-CIV).

Por otra parte la relación de las lágrimas con la pureza de corazón es inmediata, pues el corazón se refleja en los ojos y las lágrimas son su expresión, y en ellas encuentra el consuelo.

c. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia...

San Benito continuaba su capítulo sobre la Cuaresma diciendo:

«Lo cual haremos convenientemente, si nos apartamos de todo vicio y nos entregamos a la oración con lágrimas, a la lectura, a la compunción del corazón y a la abstinencia» (RB 49,4).

Además de la purificación del corazón y la oración con lágrimas, la lectura y la abstinencia hacen un frente común en el combate cuaresmal.

San León ya había señalado la íntima relación entre el ayuno y la lectura diciendo:

«A la escuela de nuestro Redentor, amados míos, aprendemos que *el hombre no vive sólo de pan, sino de todo lo que sale de la boca de Dios (Mt 4)*, y que conviene al pueblo cristiano, en el grado de abstinencia en que se haya establecido, el desear más alimentarse con la Palabra de Dios, que del alimento material... así seremos verdaderamente de aquellos de los que la Verdad misma dijo: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados*¹⁷.

La abstinencia del cuerpo sólo puede llevarse con espíritu evangélico cuando se ha gustado el sabor de otro alimento: la Palabra de Dios.

En la predicación de los Padres, sobre todo en el tiempo cuaresmal, era común el recurso al salmo 33, que era utilizado en la liturgia bautismal y en la catequesis de iniciación cristiana. El papa León decía:

«El Señor ha dicho: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mt 5,6)*. El pueblo de Dios tiene sus festines espirituales y sus castas delicias, y es saludable desearlas y laudable apetecerlas (*laudabiliter concupiscit*), como el Pro-

¹⁷ *Sermón sobre la Cuaresma 2,4.*

feta nos invita diciendo: *Gustad y ved qué bueno es el Señor* (Sal 33,9). Quien, en efecto, haya gustado con el corazón la dulzura de la justicia y de la misericordia de Dios, y bebido, en una experiencia preservada de toda saciedad, los gozos superiores, preso de admiración por los bienes eternos, despreciará los que son corruptibles y pasajeros»¹⁸.

Siguiendo una tradición que se remonta a la *Primera Carta de Pedro*¹⁹ los que han sido bautizados han gustado «qué bueno» (*quam bonum*) es el Señor y su Palabra (cf. *I P* 1,23-25), y por ello son capaces de afrontar no sólo el ayuno y la abstinencia (cf. *I P* 2,11), sino todo tipo de contrariedad y persecución, como veremos más adelante. Es por «gustar» el sabor del bien, que es «deleitante y atrayente», que la práctica cuaresmal se transforma en un camino de bienaventuranza, tal como lo expresa el paralelismo del salmo:

*Gustad y ved qué bueno es el Señor
Dichoso (makarios) el que se acoge a Él* (Sal 33,9).

d. Bienaventurados los pobres en el espíritu...

San León, y Cesáreo continúan enumerando obras y prácticas cuaresmales que se ligan directamente con las otras bienaventuranzas. Tal vez la más llamativa de ellas es la que se refiere a la pobreza en el espíritu, porque se relaciona estrechamente con un aspecto que san Benito pone de relieve como característica propia del tiempo cuaresmal.

San León decía a sus fieles respecto de la limosna:

«Nada se une más útilmente a los ayunos santos y razonables que esas buenas obras que son las limosnas (*eleemosyna*=*eleemon*= misericordia, compasión); bajo el único nombre de obras de misericordia encierran muchas obras de bien, gracias a las cuales, a pesar de los distintos recursos, las almas de todos los fieles pueden igualarse entre

¹⁸ *Sermón sobre la Cuaresma* 12,2.

¹⁹ El uso que hace la Regla benedictina de la *I P*, es el eslabón que une la doctrina de san Benito, en particular el Prólogo, con el Sermón de la Montaña. Las semejanzas entre la carta y el Sermón han sido claramente señaladas por los estudios bblicos.

ellas. El amor que le debemos a Dios y a los hombres no se ve impedido por ningún obstáculo al punto de dejar de ser libres de querer el bien. Si los ángeles dijeron: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad* (Lc 2,14), se debe a que *la virtud de la benevolencia, y el de la paz, hacen bienaventurado* a quien, por su caridad, se compadece de toda miseria que sufren los otros. Las obras de piedad son múltiples, y su variedad da a los verdaderos cristianos la posibilidad de tener su participación en la distribución de las limosnas, *ya sean ricos y en la abundancia o al contrario, pobres y con poco*, de tal manera que los que son desiguales en sus posibilidades, se hacen semejantes por el afecto de su corazón. Pues cuando, a los ojos de Dios muchos ponen en el tesoro del Templo fuertes sumas tomadas de su opulencia, una viuda sólo puso dos monedas (cf. Lc 21,2) y mereció tal honra de parte de Jesucristo, su don tan pequeño fue preferido a la ofrenda de todos los otros: pues, frente a los dones magníficos de aquellos en medio de quienes se encontraba, el suyo, aunque fue muy pequeño, era toda su posesión. Por tanto, si alguno se ve reducido a *una gran pobreza que no pueda dar ni dos monedas al indigente, puede encontrar en los mandatos del Señor cómo cumplir el deber de la buena voluntad*²⁰.

Siñ mencionarla, san León presenta aquí toda la enseñanza sobre la bienaventuranza de los «pobres en el espíritu», que dejó claramente reflejada en su *Sermón 91*. Allí establece la misma relación: son pobres «en el espíritu» aquellos que, no teniendo nada para dar en limosna, son capaces de desprenderse del bien máspreciado: de sí mismos, para socorrer a los necesitados. Y a eso llama «benevolencia» o buena voluntad. Y ella consiste en el desprendimiento y capacidad de darlo y dejarlo todo, tal como lo enseñó el Señor. Y para poder realizarlo nadie se encuentra limitado por la falta de bienes. Al contrario, son los pobres los que, gracias a su pobreza, encuentran que sólo tienen para dar en limosna su ser, su buena voluntad, que no es sino la caridad a Dios y a los hombres, y ella los hace bienaventurados.

San Cesáreo repite esta enseñanza clarificándola todavía más. Predicando a sus fieles sobre los tres tipos de limosna les dice:

²⁰ *Sermón sobre la Cuaresma 6, 2.*

«Toma y obra fielmente el preclaro y sublime tercer género de limosna: que esté en ti la buena voluntad, ama a todos los hombres como a ti mismo, ora por todos, y deséales lo que quieres para ti, y entonces te cantarán los ángeles: *Paz a los hombres de buena voluntad* (Lc 2,14). Y como la buena voluntad es la caridad, si realmente la quieres tener se realizará en ti lo que está escrito: *La caridad cubre la multitud de los pecados* (1 P 4,8)»²¹.

Para Cesáreo el tipo de limosna más sublime es esa buena voluntad, que no es otra que la caridad, y que realiza plenamente el objetivo cuaresmal de limpiar de todo vicio y pecado, tal como dice Pedro en su primera Carta.

Tal vez sea esta enseñanza de san León la que se encuentra a la base de aquella expresión de san Benito:

«... que cada uno, *con gozo del Espíritu Santo* (1 Ts 1,6), **ofrezca voluntariamente** (*propria voluntate*) a Dios algo sobre la medida establecida, esto es, que prive a su cuerpo de algo de alimento, de bebida, de sueño, de conversación y de bromas, y espere la Pascua con la alegría del deseo espiritual» (RB 49,5-7).

El monje, al no poseer nada propio, no puede hacer limosna. Y por ello se encuentra en la situación de los pobres de León o Cesáreo. Pero san Benito, junto con ellos, sabe que las riquezas más grandes y las que más se escatiman, no son las materiales y exteriores. Por eso le pide al monje que «ofrezca por propia voluntad» algo sobre la medida de lo exigido por la Regla. Por primera y única vez en su Regla san Benito recurre a la buena voluntad del monje, a esa voluntad propia que parecía siempre torcida y desviada desde su mismo origen. Con

²¹ *Sermón* 30,5. Otro texto de Cesáreo, muy similar a éste, dice: «Es bueno ayunar, pero mejor es dar limosna. Si alguno puede las dos, son dos bienes; si no puede, mejor es dar limosna. Si no es posible ayunar, la limosna sin el ayuno basta; pero el ayuno sin la limosna no basta. Por eso si alguien no puede ayunar, la limosna sin el ayuno es buena; y si se puede ayunar y dar limosna es un bien doble. El ayuno sin la limosna no es un bien, sino en el caso en que uno sea tan pobre que no tenga nada para dar. Al que no tuviere nada para dar le basta la buena voluntad, tal como está escrito: *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad* (Lc 2,14)» [*Sermón* 199,2].

ello dirige la mirada del monje, durante la Cuaresma, al núcleo más íntimo de su interioridad y de su ser transformado por el misterio redentor de Cristo. El objetivo de san Benito en este capítulo de la Cuaresma es que el monje obre por propia voluntad y deseo aquello que normalmente sólo hace bajo el imperio de un mandato o de la Regla. Y lo que es más, que aun lo sobrepase. Y el nombre que le da a ese movimiento interior es el de «ofrenda». Dos veces repite esa expresión (v.8: «lo que cada uno ofrece...»). Y así como la limosna que piden León y Cesáreo toma toda su importancia en que redime de todos los pecados, la «ofrenda voluntaria» a Dios que pide san Benito redime y restaura la tan temida voluntad propia del monje. La novedad de esta sugerencia pone de manifiesto su carácter central dentro del espíritu cuaresmal que anima a san Benito. Y por ser ofrenda se transforma en un culto que el monje rinde a Dios y que, para san Benito, no debe limitarse a las tres listas de obras que sugiere, sino que es una ofrenda que debe extenderse a «toda la vida del monje». Es la doctrina de la primera carta de Pedro (2,4-6) y de la Epístola a los Hebreos:

Por lo cual, al entrar en el mundo dice: ... sacrificios y oblações y holocaustos por el pecado no los quisiste ni te agradaron -cosas todas ofrecidas conforme a la Ley- entonces añade: He aquí que vengo a hacer tu voluntad. Abroga lo primero para establecer el segundo. Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblação de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo. (Hb 10,5-10).

La doctrina de la carta a los Hebreos centra la obra redentora de Cristo en la ofrenda que hace de su voluntad a la del Padre, y eso desde el acto mismo de su Encarnación, que es cuando Cristo dice el texto arriba citado, tomado a su vez del *Salmo 39*.

Y por eso, tanto san León como san Cesáreo le dan a esta realidad un mismo fundamento escriturístico: la existencia de esa «voluntad propia buena» es el fruto por excelencia del misterio de la Encarnación del Verbo, anunciada por los ángeles a los pastores, según el cual la raíz más profunda del pecado queda restaurada: *Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lc 2,14)*. La voluntad del hombre ha sido transformada por la Encarnación del Hijo de Dios y ella es la fuente de la renovación más radical del cristiano, pues de ella brota todo lo demás. Y es en la Vigilia Pascual donde la

Iglesia proclama con gozo esa verdad, con el canto del Gloria, que junto con el *Aleluya* habían cesado al comienzo de la Cuaresma.

Nuevamente la Cuaresma se presenta como el tiempo de la interiorización de todas aquellas conductas y obras que corren el peligro de quedar en el puro nivel de la exterioridad. Y a su vez resalta todo su valor sacramental al poner de manifiesto una interioridad que ya no es movida por la carne, el mundo o el demonio, sino por el Espíritu Santo y la «atracción de las virtudes», tal como termina el c. 7 de la Regla de san Benito. Por eso la naturaleza de esa buena voluntad restaurada no es la de una facultad autónoma, que obrá el bien por sí y a partir de sí misma, sino en total comunión con el Espíritu Santo, tal como lo expresaban los Padres griegos con el término «sunergia» (obrar-con). Y por eso su indicio sigue siendo siempre la total disponibilidad a la voz del Señor en la obediencia al abad:

«Lo que cada uno ofrece propóngaselo a su abad, y hágalo con su oración y consentimiento; porque lo que se hace sin permiso del padre espiritual, hay que considerarlo más como presunción y vanagloria que como algo meritorio. Así, pues, todas las cosas hay que hacerlas con la aprobación del abad» (RB 49,9-10).

e. Bienaventurados los misericordiosos porque ellos recibirán misericordia

San León sigue aconsejando a sus fieles acerca de la naturaleza de las obras cuaresmales. Y entre ellas las «obras de misericordia» recibieron, en la tradición ascética de la Iglesia, un relieve particular. Y nuevamente el Sermón de la Montaña es su fuente original: *Bienaventurados los misericordiosos...*

«Es verdad, como está escrito, que «todos pecamos de muchas maneras»(cf *St* 3,2); que nuestro primer sentimiento sea entonces de misericordia, y olvidemos las ofensas de los demás con nosotros: así evitaremos de violar por amor de la venganza el pacto de suprema bondad al que nos hemos ligado en la Oración del Señor: *Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden* (*Mt* 6,12); no nos mostremos difíciles en perdonar... Aquello que cada uno decide respecto del prójimo, lo decreta contra sí mismo por su

El texto del «Padre nuestro», que también pertenece al Sermón de la Montaña, manifiesta aquí su unidad y relación estrecha con las bienaventuranzas, en particular con la de los misericordiosos, cuyo rasgo más importante es el perdonar. Y por eso un elemento central en las catequesis bautismales, en especial con miras a los catecúmenos, fue el comentario al «Padre Nuestro». Y es bajo esa misma perspectiva que san Benito considera el rezo del mismo en los oficios de *Laudes* y *Vísperas*:

«Los oficios de *Laudes* y *Vísperas* no deben terminar nunca sin que el superior diga íntegramente la oración del Señor, de modo que todos la oigan. Esto se hará, porque como suelen aparecer las espigas de los escándalos, amonestados por la promesa de la misma oración que dice: «Perdónanos así como nosotros perdonamos», se purifiquen de este vicio. En las otras Horas, en cambio, se dirá la última parte de esta oración, para que todos respondan: *Mas líbranos del mal*» (RB 13,12-14).

f. *Bienaventurados los que hacen la paz...*

San León sigue diciendo:

«El Señor ha dicho *bienaventurados los hacedores de paz, pues serán llamados hijos de Dios (Mt 5,9)*. Dejemos entonces las querellas que nacen en todas las discordias y odios; que ninguno piense tener parte en la fiesta Pascual si descuida reintegrar la paz fraterna. Junto al Padre supremo, en efecto, quien no esté en el amor de sus hermanos no será contado en el número de los hijos»²³.

El signo pascual por excelencia es la condición de «hijos de Dios» que se ha recibido en el bautismo. Y lo propio de los hijos de Dios es ser «hacedores de paz». San Benito, en su Prólogo, siguiendo al salmo

²² *Sermón sobre la Cuaresma* 11,5.

²³ *Ibid.*, 6.

33 define también la condición filial del monje por la búsqueda de la paz (cf. RB Pról. 12-17).

Doroteo de Gaza, exhortando a sus monjes con el mismo *Salmo* 33 construido también en forma de diálogo, nos muestra la forma en que estos padres monásticos veían presente la referencia a las bienaventuranzas, detrás de las obras a las que exhortan a sus monjes:

«A estas palabras el Profeta agrega expresamente: *Busca la paz y síguela (Sal 33,15)*. No dice solamente búscala sino síguela, córrela, para alcanzarla. Prestemos atención a estas palabras y veamos la precisión del santo. Cuando alguien llega a apartarse del mal y se esfuerza, con la ayuda de Dios, en hacer el bien, inmediatamente caen sobre él los ataques del enemigo. Lucha, se aflige, está agobiado: no sólo teme el volver al mal, como dijimos del esclavo, sino que también espera la retribución del bien, como un mercenario. En los ataques y contraataques de este combate con el enemigo, muchas veces con sufrimiento y atormentado, obra el bien. Pero cuando le llega el socorro de Dios y comienza a habituarse al bien, entonces empieza a entrever el reposo y gusta progresivamente de la paz. Es entonces cuando se da cuenta de lo que es la aflicción de la guerra, de lo que es la alegría, la felicidad de la paz. Finalmente busca esa paz, se apresura, corre tras ella para atraparla, para poseerla en plenitud y hacerla morar en él. ¿Qué cosa hay más dichosa que un alma que ha llegado a este estado? Es entonces cuando llega a la condición de hijo, como lo dijimos tantas veces. Pues, *felices los hacedores de paz, porque serán llamados hijos de Dios (Mt 5, 9)* ¿Quién podrá decir entonces que esa alma hace el bien todavía por algún otro motivo que no sea el gozo del bien mismo? ¿Quién conocerá esa alegría sino aquel que tuvo la experiencia? Entonces, ese tal descubre también el temor perfecto del que hemos hablado continuamente»²⁴.

Y de este modo vemos cómo la doctrina de las bienaventuranzas pasa del tiempo de Cuaresma a la vida entera del monje, en cuanto hijo de Dios, renacido en el bautismo.

²⁴ Conferencia IV, 50-51. Texto tomado de *Doroteo de Gaza: Conferencias*, Ecuam, 1990, 32. Como señala A. VACCARI el comentario de este *salmo* 33 parece haber sido uno de los componentes de la catequesis bautismal primitiva. Cf. *La Bibbia nell'ambiente di S. Benedetto*, en *Biblica* 29 (1948) 329-337.

San Agustín, en su *Comentario al Sermón del Señor en la Montaña* consideraba la última bienaventuranza, la octava («*Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia*»), como una recapitulación de todas las otras. También el apóstol Pedro parece tener esta perspectiva en su primera carta, donde repite dos veces:

... gozad en la medida en que participáis en los sufrimientos de Cristo, para que también os llenéis de gozo en la revelación de su gloria; bienaventurados vosotros, si sois injuriados por el nombre de Cristo (4,14; cf. 3,14).

El padecer persecución por Cristo es la máxima imitación que el cristiano puede alcanzar de su Maestro, y por eso es también la mayor bienaventuranza. Es lo que se está celebrando sacramentalmente durante la Cuaresma: la persecución, muerte y resurrección del Señor.

En esta línea de pensamiento se encuentra la afirmación que hace san Benito cuando dice al monje:

«... de modo que cada uno, con gozo del Espíritu Santo (1 Ts 1,6), ofrezca voluntariamente a Dios algo sobre la medida establecida, esto es, que prive a su cuerpo de algo de alimento, de bebida, de sueño, de conversación y de bromas, y espere la Pascua con el gozo del deseo espiritual» (RB 49,6-7).

Este «gozo del Espíritu Santo» se refiere originalmente, en la primera carta de san Pablo a los Tesalonicenses, al gozo que ellos deben experimentar en medio de las persecuciones. Por eso, al usar dicha expresión, san Benito la pone en paralelo con la ofrenda voluntaria que hace el monje en el combate cuaresmal. La lucha que emprende el monje contra los vicios y pecados es equiparada al combate que sufren los Tesalonicenses en medio de las persecuciones, y por ello es fuente de ese mismo gozo y alegría²⁵. El monje, a través del trabajo cuaresmal, se coloca en la misma disposición de los que sufren por

²⁵ Cf. VOGÜÉ A. DE, *La conversion du désir dans le chapitre sur le Carême (RB 49)*, en *Collectanea Cisterciensia* 56 (1994) 134-138.

Cristo, entregándose libremente a esa muerte que lleva a participar en la resurrección de Cristo.

Esta situación es la misma que san Benito presenta en el cuarto grado de humildad, donde la obediencia es vivida como una forma de persecución pero que, sin embargo, lleva al gozo y a la esperanza:

«Por ti soportamos la muerte cada día; nos consideran como ovejas de matadero (Rm 8,36). Pero seguros de la recompensa divina que esperan, prosiguen gozosos (*gaudentes*) diciendo: *Pero en todo esto triunfamos por Aquel que nos amó (Rm 8,37)*» [RB 7,38-39]²⁶.

Es aquí donde se pone bien de manifiesto la naturaleza de toda bienaventuranza, que hace vivir el misterio Pascual de muerte y resurrección de Cristo, siendo por eso mismo la preparación cuaresmal por excelencia. Y como actitud del monje significa presentarse libre y generosamente a esas situaciones que lo llevan a hacerse partícipe de los padecimientos de Cristo²⁷.

6. Conclusión

El Papa san León Magno exhortaba a la Iglesia de Roma, y san Benito lo repetía a sus monjes de Montecassino, a que «toda la vida del cristiano tuviese una observancia de Cuaresma». Con ello estaban apuntando no sólo a imitar el combate que Cristo mantuvo con el demonio en el desierto (=Mt 4), sino también a utilizar las armas que el Señor había utilizado y revelado en el Sermón de la Montaña (Mt 5-7), las que se encuentran sintetizadas en las bienaventuranzas. Con esta perspectiva todo ese tiempo de preparación para la Pascua queda fuertemente marcado por un carácter «gozoso», alcanzando los niveles más profundos del cristiano en cuanto a generosidad y «buena voluntad».

²⁶ La semejanza de este pasaje de la RB con el Sermón de la Montaña se hace explícita renglones más abajo al hacer una referencia directa a Mt 5,39-41, donde el Señor da el «precepto» de poner la otra mejilla cuando se es injuriado y humillado.

²⁷ Lo que está latente detrás de esta disposición es la consideración de la vida monástica como participación en el martirio. La Regla del Maestro lo hace explícito en un texto paralelo al cuarto grado de humildad, referido también a la obediencia en cosas duras y difíciles (cf. c. 57-66).

Pero lo que distingue a estos dos grandes maestros de la vida cristiana en su predicación cuaresmal tal vez no sea la simple insistencia en conservar siempre a la vista la meta: la santa Pascua, sino el hecho de haber señalado y acentuado la verdadera naturaleza de las obras que a ella conducen. Su insistencia recae en tomar conciencia que esas «buenas obras», en las que parece centrarse toda la práctica cuaresmal (incluyendo la misma oración), son por su misma naturaleza la fuente del gozo y de la victoria pascual. Esa «bondad» de las obras implican felicidad -bienaventuranza- gozo para el que las practica aún reconociendo el carácter mortificante que pueden revestir. Experimentar esa «delectación de las virtudes» (RB 7,69) es entrar en el misterio mismo de las bienaventuranzas, que son fuente y meta del verdadero obrar. Y solamente ellas pueden lograr dar sentido, no sólo a una Cuaresma fructuosa, sino a que se prolonguen con verdadero deseo del alma todo a lo largo de la vida del cristiano.

Y esa es la misma invitación que hace toda la Regla desde el Prólogo, cuando llama al monje «que desea la vida y ver días felices» (v. 15). Para ello le pide: «apártate del mal y obra el bien (*bonum*)» (v. 17)²⁸. Y si el camino se hace estrecho, como señala el Sermón de la Montaña (*Mt* 7,13-14), no debe temerse pues es «participando por la paciencia en los sufrimientos de Cristo»(v. 50)²⁹ que el monje merecerá acompañarlo en su reino. De este modo toda la vida del monje es preparación y participación, como la Cuaresma, en el misterio Pascual de su Señor.

Abadía San Benito
C. C. 202. 6700 Luján (B)
Argentina

²⁸ Un poco más adelante (v. 33) dirá que el que así obra se asemeja al hombre que edificó su casa sobre roca, parábola con la que termina todo el Sermón de la Montaña (*Mt* 7,24-27 = RB Pról. 33-34).

²⁹ Esta conclusión del Prólogo, basada en *I P* 4,13 (que vimos más arriba), pone nuevamente toda la vida del monje bajo la luz de las bienaventuranzas.